

La imprenta en el País Vasco: breve panorama histórico

JULIO CÉSAR SANTOYO MEDIAVILLA

Catedrático de Filología Moderna de la Universidad de León

Con una única excepción (la brevísima actividad de Miguel de Eguía en Estella en 1546), todos los impresores de los siglos XV y XVI establecidos en suelo vasco-navarro fueron extranjeros itinerantes. Fue el primero de ellos Arnaldo Guillén de Brocar, francés, que tuvo once años imprenta abierta en Pamplona, desde diciembre de 1490 a 1501. Los suyos son los únicos incunables con los que cuenta el territorio vasco-navarro. En 1501, Brocar trasladó su taller de Pamplona a Logroño, y después a Alcalá de Henares, donde dio a la luz la *Biblia Complutense* y desde donde también mantuvo abiertas sucursales en Toledo, Valladolid y Burgos.

Tras más de cuarenta años sin imprenta, Navarra vuelve a contar con ella de la mano esta vez de Adrián de Amberes, de origen flamenco, que tuvo taller abierto más de veinte años en Estella (1546-1568) y después, por muy poco tiempo, en Pamplona (1568-1569). Le sucederá Tomás Porrallis, natural de Saboya y veinte años impresor en la capital navarra (1569-1591), con pies de imprenta también en Tudela (1572-1573) y en la villa aragonesa de Épila (1580). A él le sucedió su hijo, Pedro Porrallis, que había nacido en Amberes, y que imprimió obras en Pamplona entre 1591 y 1596.

A Bizkaia, el arte y oficio de la imprenta llega igualmente de la mano de un extranjero, Matías Marés (¿o Marets?), un francés que había pasado varios años como impresor en Salamanca y en Burgos hasta 1576. El 16 de septiembre de 1577, Marés presentó un memorial a las autoridades bilbaínas en el que pedía ayuda para montar casa e imprenta: se le concedieron veinte ducados al año, «considerando el grand bien y utilidad que recibe esta villa de que se le aga asiento en ella con su ynprensa y casa» (Mourlane, 1972: 57). Establecido primero en Ascao, luego en Achuri y finalmente en el convento franciscano de Abando, en el pie de su imprenta siempre se lee «Bilbao», y hace constar expresamente que él es el «primer impresor de Vizcaya» (Larrínaga, 1988a: 15). En el contrato de edición de uno de sus trabajos se hace constar que la tirada de 2.000 ejemplares se ha de hacer «en el dicho

monasterio del dicho señor San Francisco, extramuros de la villa, donde al presente tiene [Marés] su imprenta» (Irigoyen, 1972: 94). Trabajó diez años en el Señorío, de 1578 a 1587, año en el que se traslada a Logroño. Diez años más pasará en la capital riojana, con sucursal abierta también en Santo Domingo de la Calzada, y hasta su muerte, ya en el siglo siguiente, efectuará nuevos desplazamientos a Pamplona y al monasterio de Irache (Odrizola, 1972: 61-62).

Durante sus diez años de trabajo en Bilbao, Marés fue impresor polifacético de libros en latín y castellano, y de su taller salieron títulos tan notables como el *Examen de ingenios*, de Huarte de San Juan, el libro de caballerías *Primaleón*, una biografía de san Francisco de Asís (*Primera, segunda y tercera parte del caballero Assisio*), el *Orlando furioso*, de Ariosto, en traducción castellana de Gerónimo de Urrea, los *Coloquios satíricos*, de Antonio de Torquemada, y *El patrañuelo*, de Juan de Timoneda, y dos obras del licenciado Andrés de Poza, la *Hidrografía* y su tratado *De la lengua, poblaciones y comarcas de las Españas*.

Su primer trabajo impreso en Bilbao, en 1578, parece haber sido una obra doble del portugués Jerónimo Osorio, *De gloria* y *De Nobilitate civili et christiana*, en un volumen único de 270 folios en latín. Los gastos de la edición corrieron a cargo del librero de Alcalá Juan López (*impensis Ioanni Lopez*) y de Pierre Landre, librero también de Lyon, en Francia (Urquijo, 1927; De la Fuente, 1972: 10-11).

A Matías Marés le sucedió en Bilbao Pierre Collé (¿o Collet?), también francés, originario de la Champagne, «impresor de este muy noble y muy leal Señorío de Vizcaya», del que constan bastantes impresiones a caballo entre los años finales del XVI y primeros decenios del XVII. Firmaba como Pedro Cole de Ybarra (Larrínaga, 1988b: 29).

Contemporánea de la de Bilbao, aunque muy ligeramente posterior, es la primera imprenta donostiarra. Si en el caso de Bizkaia Matías Marés procedía de Salamanca, el primer impresor guipuzcoano de que se tiene noticia, Pedro de Borgoña, procedía de Pamplona. Extranjero también –borgoñón de origen, como es obvio– y soldado profesional, había sido aprendiz con Adrián de Amberes, y parece haber tenido imprenta y librería en la capital navarra, aunque lo cierto es que no se conocen allí impresos suyos. También es cierto que desde Pamplona se trasladó a San Sebastián y en un memorial solicitó ayudas oficiales, que le fueron negadas, por lo que de nuevo regresó a Pamplona. Sin embargo, algo había estado imprimiendo en la capital guipuzcoana, en torno a 1585, porque en solicitud posterior él mismo hace constar que «a impreso en la villa de San Sebastián un devozionario util y provechoso para todo fiel christiano, que con esta presenta (...)» (Huarte, 1926: 1-6). Por tanto, este es el

único libro conocido –y por referencia indirecta– de un único impresor en el siglo XVI guipuzcoano. Gipuzkoa tendría que esperar aún más de ochenta años para contar con imprenta estable.

Gran parte del patrimonio bibliográfico vasco (navarro) de estos siglos XV y XVI se ha perdido ya de manera irrecuperable. Durante siglos, prácticamente hasta ayer mismo, no se ha dado importancia al valor patrimonial de los productos de la imprenta, los cuales, sin embargo, son testigos excepcionales, a veces únicos, de un determinado momento histórico, cultural, artesanal, artístico o religioso. Si a ello sumamos el hecho de que el papel es un elemento delicado, y por muchas causas percedero, quizá tengamos ya las dos razones que mejor justifican la pérdida aludida.

Por consiguiente, nada extrañará que de muchos de los impresos de este periodo apenas queden uno o dos ejemplares, o ninguno. Del *Missale mixtum* que Brocar imprimió en Pamplona tan sólo se conocen dos ejemplares; de la *Doctrina christiana*, de Sancho de Elso, que imprime en Estella Adrián de Amberes, parece que existe un único ejemplar, en manos particulares; de los *Refranes y sentencias comunes en bascuence*, texto impreso por Pedro Porrallis en Pamplona en 1596, resta un único ejemplar en biblioteca alemana. Ningún ejemplar ha sobrevivido del primer y único libro impreso en Gipuzkoa durante el siglo XVI, el *Devozionario util y provechoso*, que Pedro de Borgoña dio a la luz en San Sebastián en 1585. En biblioteca privada, según Vinson, se hallaba también el único ejemplar de la *Doctrina christiana en romance y bascuence*, obra del Doctor Ostolaza (o Betolaza), que en 1596 salió de la imprenta bilbaína de Pierre Colé. Hay que hacer notar que esta obrita se imprimió «por mandado de D. Pedro Manso, Obispo de Calahorra y de la Calzada..., para las tierras bascongadas de su obispado, reducida por el Doctor Ostolaza á lenguaje mas comun y mas usual y que con mas facilidad se entiende en todas ellas, para bien y utilidad de las obejas de aquellas partes...».

Si buena parte de este patrimonio ha desaparecido –o ha quedado reducido a uno o dos ejemplares– la razón no fue, desde luego, que las tiradas resultaran en la época muy escasas, ni en el País Vasco ni en Navarra. Al contrario, sorprende en ocasiones lo generosas que llegaban a ser. Y pongo por ejemplo la obra ya citada, *Doctrina Christiana y pasto espiritual del alma para los que tienen cargo de almas y para todos estados, en Castellano y Bascuence*. La compuso Sancho de Elso, un sacerdote vecino de Pamplona, y se imprimió en Estella (1561), en la imprenta de Adrián de Amberes. Como he mencionado, no se conocen ejemplares de esta *Doctrina christiana*, pero sí alguno de los avatares iniciales de su edición, que en su día expuso en detalle José Goñi Gaztambide.

Adrián de Amberes, «impresor, vecino de Estella», imprimió esta obra en el año 1561, «en la casa de la imprenta de la dicha ciudad de Estella, que es extramuros de la dicha ciudad». Debió de ser una tirada muy amplia, habida cuenta del tema y la época, porque todavía ocho años más tarde, a finales del verano de 1569, Sancho de Elso confiaba a un arriero de Tudela, de nombre Juan de Bastida, 444 ejemplares encuadernados de esta *Doctrina christiana* para que se los entregase a Martín de Semanes, cura beneficiado de Cintruénigo, para que este intentara su venta en aquella comarca. Aunque Elso había pagado los seis reales del transporte, pasaron cuatro meses y Bastida seguía sin entregar los libros a su destinatario, por lo que en enero de 1570 Elso presentó denuncia contra el arriero, que fue detenido y encarcelado. Intervino el cura de Cintruénigo para testificar que quizá la culpa era suya, por haber estado varios meses ausente en la Corte. Se puso en libertad al arriero; sin embargo, aunque a Elso se le devolvieron los libros, el daño estaba hecho, ya que al final del pleito se queja el autor de que «al cabo de muchos meses los ha devuelto..., y por no haber hecho el dicho trajinero la diligencia con brevedad y por haber dexado los libros a mal recado, se han gastado y han recibido mucho daño, no solamente en volverlos perdidos y maltratados, pero tambien en no haberse puesto luego diligencia en venderlos (...)».

Pocos años después de estos hechos, la tirada de uno de los primeros libros impresos en Bilbao por Matías Marés, el *Caballero Asisio* (biografía en verso de san Francisco de Asís), fue de dos mil ejemplares (Irigoyen, 1972: 94).

Tampoco eran únicamente libros lo que salía de los talleres de estos impresores. Otros muchos encargos ocupaban su diario quehacer. En 1558, en Estella, Adrián de Amberes tira 12.000 ejemplares, nada menos, de la carta de cofradía del Hospital General de la Misericordia de Pamplona. Otros 12.000 ejemplares de la misma carta tira al año siguiente, 1559. Y en ese mismo, también otras 12.000 copias de estampas con indulgencias y bienes espirituales del mismo hospital. Al año siguiente, 1560, vuelve a tirar 1.000 ejemplares de un pliego de indulgencias para los frailes mercedarios del monasterio de santa Eulalia de Pamplona (Carrete, 1998: 114). No eran, como se ve, cantidades nada desdeñables.

El panorama de la imprenta bilbaína del siglo XVII no puede ser más pobre. Durante los tres primeros decenios continuó activo el taller de Pierre Colé, y de él salieron al menos dos ediciones distintas, 1608 y 1625, del *Fuero, privilegios, franquezas y libertades de los caualleros hijos dalgo del Señorío de Vizcaya*. Aparte de él, y en el estado actual de conocimientos (que sin duda es muy deficitario y está a la espera de una profunda investigación), tan sólo

vemos a lo largo del siglo una sucesión de ocho impresores, muy menores, y casi desconocidos: Juan de Azpíroz, en los primeros decenios; Martín de Aspilqueta, en los años treinta; Pedro Huidobro, en los cuarenta; Martín Moronelli, en los sesenta; Juan de Elorza, en los setenta; y Nicolás de Sedano, a lo largo de los tres últimos decenios del siglo. Para entonces, como escribe José Julio de la Fuente (1972: 13), «la tipografía había decaído [en Bilbao] hasta un punto lastimoso». Prueba de ello es que, el 25 de enero de 1689, el Consulado de la villa acuerda imprimir sus ordenanzas en Madrid porque «la imprenta de este Señorío, que está a cargo de Nicolás de Sedano, su impresor, se halla muy exhausta de letras, en tal manera que por lo gastado y consumido en ellas no estampan ni señalan sus caracteres con la formalidad y claridad que es necesario...».

A la muerte de Sedano le sucedió José Gutiérrez Baraona, que renovó el material de la imprenta del Señorío «con la nueva letra que se ha hecho después del fallecimiento de Nicolás de Sedano». Con ella imprimió ya las Ordenanzas de la Casa de Contratación de Bilbao.

De todos estos impresores bilbaínos quedan a su vez muy escasas ediciones, una o dos en más de un caso, y por otro lado nada significativas. Es de notar también que al menos dos de ellos, Huidobro y Sedano, se instalaron en Bilbao procedentes de Burgos, donde ya antes habían tenido imprenta.

Aun así, estas de Bilbao fueron durante más de medio siglo las únicas imprentas en todo el País Vasco. Y seguirían siéndolo hasta que, en 1667, el guipuzcoano Martín de Huarte presentó a las Juntas de Provincia un memorial en el que manifestaba «los gastos que ha hecho para traer de Ambterdam [*sic*] letra nueva y cajas, en virtud del nombramiento que se le dio de impresor de la Provincia y pide una ayuda de costa y salario como tal impresor» (Ispizúa, 1923: 190). Recibió la ayuda solicitada y, en San Sebastián, imprimió durante diez años (hasta su muerte en 1677) un buen número de obras, en latín y en castellano; entre ellas, en 1672, una edición de 500 ejemplares del cuaderno de *Leyes con que se gobierna la muy noble y muy leal provincia de Alava*.

A la muerte de Martín de Huarte se ocupó de la imprenta su viuda, y posteriormente su hijo, Pedro de Huarte, que imprime en San Sebastián a lo largo de más de cuarenta años, hasta bien entrado ya el siglo XVIII, con imprenta sita «junto a la parrochia de San Vicente». Una de las obras impresas por Pedro de Huarte fue la *Vida de san Prudencio*, fechada en 1693 (Ruiz de Larrínaga, 1923: 121-129). Hay pies de imprenta en los que su nombre alterna con el de su hermano Bernardo de Huarte, que quiso buscar un hueco pro-

pio en la profesión y anduvo de impresor itinerante, con textos firmados en Pamplona (1695), Tolosa (1697) y Madrid (1701).

Sirva de contraste la situación, espléndida, de la imprenta en Navarra durante este mismo siglo XVII. No sólo hubo varios talleres abiertos en Pamplona –entre ellos y sobre todo, durante más de setenta años, el de la familia Labayen–, sino que además registramos impresos en Tafalla, en Olite, en Puente la Reina y en los monasterios de Fitero, Irache y La Oliva.

Da comienzo el siglo XVIII. En Bilbao trabaja durante toda la primera mitad de esta centuria, desde 1703, una única imprenta (al parecer en situación de monopolio): la de los Zafra: primero Antonio de Zafra y Obregón, de familia de impresores madrileños; a continuación, su hijo Antonio de Zafra y Rueda; y después la viuda de este último, con impresos que alcanzan hasta 1750.

La segunda mitad del siglo XVIII bilbaíno se reparte entre el taller de Antonio Manuel Egusquiza (y luego su viuda) de 1750 a 1790; y el de Simón Larumbe más tarde, hasta finales de siglo. Mucha menor entidad parecen haber tenido las imprentas de Pedro de Gayangos, de Francisco de San Martín y de Juan Antonio Arriete y Lecea, que en los ultimísimos años del siglo XVIII dio a la luz una *Historia y milagros N^a S^a de Begoña*.

En Gipuzkoa continúa durante los primeros decenios del XVIII el sello de imprenta de Pedro de Huarte. Cuando este fallece, le sucede durante cuatro años Miguel de Vera, hasta 1733, año en el que de nuevo Gipuzkoa se queda sin imprenta. Tanto es así que, en las Juntas Generales de 1735, los junteros guipuzcoanos reconocieron «la gran falta que hace vn Impresor, por no averle en esta Provincia, y ser preciso recurrir fuera à imprimir los Registros, y demàs Papeles (...)».

Este es el panorama *casi* completo hasta mediados del siglo XVIII. Pero regresemos por un momento a 1722.

Han transcurrido enteros los siglos XVI y XVII, y varios decenios también del XVIII. Más de doscientos años de imprenta, y todavía sólo de pasada he mencionado los nombres de Álava y Vitoria.

Sorprende, ciertamente, comprobar que Álava careció de imprenta hasta 1722. Es una fecha tan tardía que casi parece inexplicable, más aún cuando extendemos ante nosotros el mapa de la región y comprobamos que todo el entorno (Bizkaia, Navarra, Gipuzkoa, Burgos y Logroño) eran ya por entonces provincias veteranas en este arte y oficio. Hasta Estella, Tudela, Santo Domingo de la Calzada, Irache, Nájera, Haro, Olite, Puente la Reina y Tolosa

tenían ya —o habían tenido— imprenta. Viana la tuvo en 1716. Vitoria seguía sin ella, aunque lo cierto es que sí hubo un intento relativamente temprano de instalarla que, sin embargo, resultó fallido.

Eran las Juntas Generales de mediados de 1627. En ellas una voz que no puede hoy identificarse, por anónima, se alzó para proponer «que convendría y sería de autoridad a esta Provincia que en ella y esta ciudad hubiese impresor». Discutida la propuesta, se encargó a dos procuradores que llegaran a un acuerdo con el librero vitoriano Pedro González de la Torre. Logrado el acuerdo, González de la Torre se comprometió a «traer [imprenta] a su costa» y «sustentarla por veinte años», y a cambio se le habían «de dar tres mil maravedís de salario en cada un año». Las Juntas lo aprobaron *casi* por unanimidad. Tan sólo tuvo un voto en contra, el del procurador de Laguardia, «que lo contradujo por ser novedad y cargársele nuevas obligaciones a la Provincia». Pero el acuerdo no llegó a materializarse. Quizá González de la Torre no pudo conseguir los materiales necesarios, acaso estos resultaron más caros de lo inicialmente estimado. La ciudad todavía tendría que esperar noventa y cinco años para poder contar, definitivamente, con imprenta.

La consecuencia más obvia de esta carencia fue que las obras que se estimaba oportuno imprimir se encargaban a talleres de localidades vecinas, cuando las había, (Bilbao a veces, San Sebastián en otras ocasiones, Haro también) o de localidades no tan cercanas, como Madrid, Valladolid o Medina del Campo. Son todos impresos de carácter oficial y, cuando no, religioso: pragmáticas, ejecutorias, sermones, oraciones fúnebres. Así, por ejemplo, la *Historia de N^a S^a del Rosario*, la *Vida de san Prudencio* o los *Cuadernos de Leyes y Ordenanzas*, de 1555 y 1672.

Por tanto, la imprenta no llega a Vitoria hasta el verano de 1722. Lo hace desde Logroño, de la mano de un joven impresor, Bartolomé de Riesgo, por entonces vecindado en la capital riojana. Riesgo era natural de Madrid, pero hacía pocos años que había abierto imprenta propia en Logroño.

A comienzos de 1722, Riesgo se traslada a Vitoria, donde se le concede vecindad en el mes de marzo. Instala Riesgo su imprenta y, ya el 5 de septiembre, presenta una solicitud (en la que se define ya como vecino de Vitoria e impresor de oficio), para que se le confiera el título de «impresor de la Ciudad» y «otras cosas concernientes a dicho ejercicio». El Ayuntamiento acordó lo solicitado, le despachó el pertinente título y le autorizó a abrir imprenta y librería (dos negocios que en la época frecuentemente iban unidos), «para q en esta dha Ciudad y lugares de su Jurisdiccion pueda el susodho libremente ejerzer dho ofizio y vender todo genero de libros que le pareciere no estando prohibidos

poniendo tienda publica sin que en ello se le pueda poner por ninguna persona embarazo alguno (...)». En el otoño de ese mismo 1722 ya imprimió dos libros, el *Quaderno de Leyes y Ordenanzas con que gobierna esta M. N. y M. L. Provincia de Alava* y la *Vida de santa Coleta*, libro del que, al parecer, queda un único ejemplar que hace pocos años aún tuve la suerte de descubrir en un convento toledano de monjas de clausura (Santoyo y Asenjo, 2000b).

Riesgo siguió trece años con imprenta abierta en Vitoria, hasta que a comienzos de diciembre de 1735 se trasladó a San Sebastián, donde se instaló «con parte de su familia, su Imprenta, y Muebles». Vivió dos años más a caballo entre las dos capitales guipuzcoana y alavesa, con impresos firmados por él en uno y otro lugar; sufrió un breve encarcelamiento en la prisión de Vitoria por haber impreso un almanaque no autorizado atribuido a Diego de Torres Villarroel; en San Sebastián y en 1745 imprimió los dos tomos del célebre *Diccionario Trilingüe*, del padre Larramendi; y en 1751 dejó a su hijo, Lorenzo José de Riesgo, la imprenta donostiarra, sin que durante diecisiete años volviéramos a saber nada de él hasta que su nombre reaparece en Venezuela, en 1768, como evaluador testamentario de los libros del jefe de escuadra don José de Iturriaga, recién fallecido. Su hijo Lorenzo José siguió durante cincuenta años más al frente de la imprenta donostiarra, hasta la conclusión del siglo XVIII.

Con Riesgo dio comienzo en este año de 1722 no sólo la crónica de la imprenta alavesa, lo que ya es mérito suficiente para el recuerdo local, sino también una larga saga familiar de dedicación a la imprenta en Vitoria y en San Sebastián: su familia monopolizó el oficio en la capital alavesa hasta la llegada de Baltasar Manteli en 1786, y luego lo compartió con este último y con sus descendientes hasta bien avanzado el siglo XIX. A Riesgo le sucedieron en Vitoria su mujer Manuela de Ezquerro y su yerno Tomás de Robles, y luego su nieto, Gregorio Marcos de Robles. Este pasó a su vez la antorcha al marido de una nieta de Riesgo, Fermín de Larumbe, cuya viuda e hijos (bisnietos ya del primer impresor) continuaron con la empresa familiar hasta el 22 de mayo de 1866, fecha en que falleció, soltero, el también impresor Ramón de Larumbe, último descendiente vitoriano de Bartolomé de Riesgo (Santoyo, 1995 y 1997).

Son tan escasas las noticias detalladas de impresores vascongados en todos estos siglos, que uno se siente tentado a detenerse en la excepción, personificada en Baltasar de Manteli, quien inició su actividad como impresor en Vitoria en 1786. Hombre inquieto donde los haya, tuvo al mismo tiempo los oficios de clarinero de la Diputación, encuadernador, librero e impresor, y hasta intentó convertirse en fabricante de papel.

De abuelo italiano, Baltasar Melchor de Manteli nació un 6 de enero de 1754: de ahí sus nombres de pila. Con sólo quince años fue admitido por nuevo clarinero de la provincia. Con 21 años y recién casado con María de Ibarrondo, montó primero un taller de encuadernación en Vitoria, empresa para la que pidió ayuda a la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Dos años después pensó en fabricar él mismo la pasta de papel que necesitaba en su taller. Debió de hacer por su cuenta algunas pruebas, pero sin éxito, ya que él mismo confiesa que «haviendo puesto su mayor estudio en el adelantamiento de perfeccionar el Arte de la pasta, por mas tentatibas que ha echo no ha podido conseguirlo». Sabedor, sin embargo, de que en Bayona se fabricaba, pidió ayuda económica a la Bascongada para cubrir los gastos «de la caminata â aquella Ciudad, detencion de algunos dias para imponerse en el secreto, compra de instrumentos relativos a la mencionada Arte, y regreso a su casa». No sabemos qué fue de esa empresa.

Una tercera idea suya fue la de abrir una nueva librería en Vitoria, que define como «de buen gusto» y en la que pensaba contar, traídas del extranjero, con «las obras que se juzgaran mas a proposito para estender y facilitar en el Reyno las ciencias utiles». Su problema, como casi siempre, era la falta de dinero, por lo que de nuevo acudió a la Bascongada. Se le concedió un crédito de 8.000 reales de vellón, y con esa cantidad Manteli adquirió un fondo bibliográfico muy bien surtido.

No obstante, para 1785 el emprendedor Manteli había previsto ya nuevos horizontes para su negocio. El único impresor vitoriano del momento era Gregorio Marcos de Robles, nieto del primer Bartolomé de Riesgo. Los encargos era numerosos –Robles casi no daba abasto al trabajo–, e incluso él y sus oficiales llegaron a solicitar compensaciones especiales por las muchas impresiones que debían hacer para la Provincia y Ciudad, amén de los encargos particulares y de la Bascongada. Robles cumplía con harto retraso sus compromisos, lo que parece haber llevado a la Bascongada a buscar a veces otras imprentas más cumplidoras. La ocasión era propicia, por consiguiente, y Manteli no la desaprovechó. Volvió a pedir dinero a la Bascongada para montar otra imprenta en Vitoria. Su petición manuscrita presenta una nota lateral, en letra diferente, en la que se lee: «Concedido todo como se pide».

Dicho y hecho. Manteli, ya iniciado 1786, adquirió en la Imprenta Real todo el material necesario para ofrecer mejores servicios que los que Robles estaba prestando. La primera remesa de material le llegó el sábado 6 de mayo. El día 11, Manteli hacía la primera prueba (un *Credo* rodeado de una sencilla orla), que envió al punto al marqués de Montehermoso con esta nota: «Remito

a V. E. el credo, que por no saber qué hacer hemos hecho una prueba a fin de ver como travaja la prensa; y participo a V. E. esta muy bien arreglada».

Y con la imprenta vino la exclusiva de los trabajos para la Real Sociedad, que arrebató así a Gregorio Marcos de Robles. Diez años más tarde le arrebató también la exclusiva de los impresos del Ayuntamiento. Poco a poco iba comiéndole el terreno. Y acabó comiéndoselo del todo cuando en 1800 aprovechó la grave enfermedad de Robles para presentar a las Juntas su solicitud al título de Impresor de la Provincia «para cuando Robles fallezca». Discutido el punto, los diputados accedieron a su petición, concediéndole el «título y nombramiento de Impresor de la Provincia para después de la muerte de Gregorio de Robles».

Gregorio Marcos de Robles, nieto del primer impresor vitoriano, murió en febrero de 1801, después de dejar la imprenta en herencia a su hermana y cuñado, Fermín de Larumbe.

Manteli se retiró en 1824, dejando como titular de la imprenta al único hijo varón que le quedaba, Agapito Manteli. Vivió ocho años más, hasta el 19 de enero de 1832. Acababa de cumplir 78 años. El domicilio familiar estaba, junto con la imprenta, en el número 56 de la calle Cuchillería.

De su taller salieron títulos para nosotros tan conocidos como la *Guía de Forasteros en Vitoria*, de Lorenzo de Prestamero, en 1792, y los cuatro tomos de Landázuri, en 1798 y 1799, compuestos por la *Historia Civil* de Álava, su *Suplemento* y el correspondiente a los *Varones Ilustres Alaveses* (Santoyo, 1995: 245-275).

El siglo XIX es testigo en Bilbao de la proliferación de las imprentas, que van siendo más numerosas a medida que avanza la centuria y crece la ciudad, y también a medida que, a lo largo del siglo, una incipiente prensa diaria va cobrando cuerpo e importancia; entre tales imprentas suelen enumerarse las de Pedro Antonio de Apraiz (De la Quadra Salcedo, 1920), Antonio Undiano, José Basozábal, la imprenta de Jáuregui, la de Adolfo Depont y la de Tiburcio de Astuy. Sin embargo, tres son los talleres que destacan a lo largo de la centuria en la capital vizcaína: el de Delmás, el de Larumbe y el de la Casa de Misericordia.

La saga de los Delmás, apellido de origen piamontés, dio comienzo con Nicolás Delmás, que había llegado a Bilbao alrededor de 1810, con imprenta y librería ya en el tercer decenio del siglo XIX. Fue impresor del Señorío desde 1834 y fundador e impresor de los periódicos *El Compilador Vizcaíno* en 1833 y *El Vascongado* en 1840 (Zugaza, 1989: 8).

«Hacia 1843, [su hijo] Juan Ernesto Delmás marcha a París tras la contrariedad que le supone la boda en segundas nupcias de su padre con doña María de Sagasti, criada hasta entonces de la casa» (Madariaga, 1995b: 71). Tras año y medio de estudios en París, Juan Eustaquio Delmás (que no *Ernesto*) regresa a Bilbao y trabaja unos años con su padre en la imprenta familiar. A la muerte de este en 1852, la firma se divide, o se duplica: Juan Ernesto abre establecimiento propio mientras continúa el de su padre, ahora bajo el nombre de «Viuda de Delmás». Uno y otro siguieron hasta las postrimerías del siglo, el de Juan Eustaquio con el título de «Impresor del Señorío» hasta la creación de la Imprenta Provincial en 1884. Quizá quepa subrayar que Juan Eustaquio Delmás fue una de las figuras clave del ambiente cultural bilbaíno del siglo XIX: «Escritor, periodista [en 1851 fundó y dirigió la revista *Irurac-Bat*], impresor, dibujante y litógrafo..., hombre de las letras y de la cultura..., participó directa o indirectamente en la creación y desenvolvimiento de la mayor parte de las instituciones [bilbaínas] de su siglo» (Zugaza, 1989: 8-9). Falleció en 1892.

La otra «saga familiar de tipógrafos y directos competidores de los Delmás» (ibíd.: 72) fue la de los Larumbe. Simón Larumbe ya había abierto imprenta en Bilbao a finales del siglo XVIII. La sucesión de titulares del negocio nos da la viuda de este, después su hijo Eusebio, más tarde su viuda, a continuación su nieto Miguel Larumbe y así hasta la firma «Larumbe Hermanos», con la que de nuevo llegamos a las postrimerías del siglo.

A Larumbe y a Delmás les salió pronto un competidor. Se trata de la Casa de Misericordia, con talleres de imprenta y encuadernación, activos al menos desde 1822 y presentes en Bilbao a lo largo de todo el siglo XIX. Los trabajos se llevaron a cabo bajo la dirección de distintos regentes-impresores: Felipe Morales, su yerno Santiago Iguain, su viuda Francisca Larrea, etc.

No fueron estas tres las únicas imprentas bilbaínas. Mosquera y Zubizarreta (1977: 88-90) registran treinta y cinco talleres distintos entre 1850 y 1900, entre ellos, aparte de los ya citados, los de Emperale, Velasco, Elizalde, Amorrortu, Cardenal, Dochao y Grijelmo, ya en las vísperas del siglo XX. Y a las imprentas bilbaínas habría que añadir las de Guernica, Gallarta y Durango (Ruiz de Larrínaga, 1949: 70).

Durango, por ejemplo, conoció imprenta desde mediados de este siglo XIX. Fue allí donde, en torno a 1860, el zaragozano Manuel Vita imprimió lo que quizá sea la más antigua versión de una bien conocida canción popular. Topé por casualidad con ella (tan sólo una hoja volandera) revolviendo otros

papeles vascongados en la Biblioteca Británica de Londres. Conservo el original en fotocopia, y dice así:

Con mi saya remangada
por cima de la rodilla
muestro mi pierna salada
y mi airosa pantorrilla.

Y con la mano en el talle
sin que me oprima el corsé
voy gritando por la calle
sardina frescué...

Y mi cesta al contemplar
con su sal y sus sardinas
no embidio á las lechuguinas
que andan por el voulebar.

Pues donde quiera las halle
diciendo apártese usted
voy gritando por la calle
sardina frescué...

Ahorro lo que sigue, porque la canción es bastante larga y –como se habrá apreciado– algo distinta también de la que hoy se ha hecho popular.

En Gipuzkoa, la saga familiar por excelencia fue la de los Baroja, con un patriarca, Ignacio Ramón Baroja (Oyarzun 1797), que con sólo quince años, en 1812, ya había montado en San Sebastián una pequeña imprenta y librería, que extendió a Oyarzun, y que pronto editaría *El Liberal Guipuzcoano*. Su hermano Pío Baroja (abuelo del novelista) estuvo al frente de otra segunda imprenta. A la muerte de Ignacio Ramón le sucedió su hijo Antonio Baroja, y luego la imprenta se conoció como Hijos de I. R. Baroja, Imprenta de Baroja, J. Baroja e Hijo, etc. (Ruiz de Larrínaga, 1949: 71).

No fueron los Baroja los únicos impresores guipuzcoanos del siglo XIX: hay que añadir los nombres de Arzánegui, Ferreirós, Jornet, Del Pozo, Iraola, Ordoizgoiti, Osés y, como en Bilbao, un largo, largo etcétera. Sin embargo, el rasgo quizá más destacable de la imprenta guipuzcoana del XIX es la extensión de los talleres a numerosas localidades de menor entidad que la capital: Azcoitia, Oyarzun, Villarreal, Azpeitia (Pablo Martínez), Oñate, Irún (Huarte y B. Valverde), Eibar (Pedro Orúe), Hernani y, sobre todo, Tolosa (que ya conoció imprenta a finales del siglo XVIII) y Vergara (Manuel Imaz, Juan F. López y Francisco M.^a Machain) (San Martín, 1978; Ruiz de Larrínaga, 1949: 71).

Con todo, para estas fechas la revolución industrial ya había ido llegando a los talleres de imprenta del País Vasco. En poco más de cien años, a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, los avances técnicos supusieron «un revulsivo tecnológico» a la imprenta tradicional (Madariaga, 1995a: 56), avances que poco a poco fueron extendiéndose e instalándose en todos los talleres. La *litografía* en los años treinta y cuarenta del siglo XIX (en Vitoria en 1840, de la mano de Ignacio Egaña), el *fotograbado* en la segunda mitad del siglo, la *motorización* de las máquinas (primero motores a vapor y después de

petróleo), la posterior *electrificación* de toda la maquinaria, la llegada de las «minervas», las prensas rápidas, las perforadoras y plegadoras, las máquinas de componer y fundir líneas, el *buecograbado*, la *monotipia* y la *linotipia*, finalmente el *offset* o la *fotocomposición...*, todo contribuyó a modernizar y propagar las artes gráficas, hasta llegar a hacerlas en nuestro siglo XX parte inevitable de todas y cada una de las actividades de la vida diaria: se multiplicaron las ediciones (y las tiradas) de libros en castellano y en vascuence, de calendarios, revistas ilustradas, catálogos, publicidad, actas, boletines, folletos religiosos, catecismos, reglamentos, propaganda electoral, estampas, cartelería, tarjetas, programas..., y sobre todo se desarrolló la prensa periódica, que a diario alimentaba el trabajo de tantos talleres en Álava, Bizkaia y Gipuzkoa. Nada extrañará, pues, que a finales del XIX y principios del XX proliferaran las imprentas en un *boom* casi increíble, habida cuenta del tamaño de las poblaciones. A mediados del siglo XIX, Vitoria, por ejemplo, contaba 18.000 habitantes, que medio siglo más tarde, en 1900, eran ya 30.000. Pues bien, la ciudad conoce en ese periodo de cincuenta años la actividad de 22 imprentas distintas (Sarasqueta, Pujol, Larumbe, Iturbe, Sar, Jáuregui, Barrutia, Egaña, Guinea, etc.) y más de noventa títulos distintos de prensa periódica, entre ellos *El Porvenir Alavés*, *El Anunciador Vitoriano*, *El Diario de Álava*, *La Libertad*, *El Alavés*, *El Gorbea* o *La Revista Médica Vasco-Navarra* (Santoyo 1997).

El tiempo tan escaso no me permite mencionar siquiera otros muchos momentos y detalles de la historia más próxima a nuestros días, como fue la creación de las tres imprentas provinciales a finales del XIX (con harta protesta de las imprentas familiares), el movimiento sindical de sus operarios, la llegada de las novísimas tecnologías, el corte tan radical en trabajo y número de talleres que supuso la guerra civil... Imposible abarcar tanto en tan pocos minutos.

Si hubiera que resumir en breves líneas esta panorámica de poco más de cuatro siglos, tendríamos que citar, desde luego, la tardía llegada del arte y oficio de la imprenta al País Vasco en el último cuarto del siglo XVI, con impresores que nos llegan desde el otro lado de los Pirineos, o desde Navarra, Burgos, Logroño o Madrid; la pobreza y escasa actividad de aquellos talleres a lo largo de los siglos XVII y XVIII, con periodos incluso de carencia; el importante despegue que se advierte a lo largo de todo el XIX, paralelo al desarrollo social y económico; y la universalización y tecnificación de la industria en los cien años que median entre 1850 y 1950.

Si esta breve panorámica fuera un apólogo, no cabría terminarlo sin una moraleja, definida por el diccionario de la Real Academia Española como «lec-

ción o enseñanza que se deduce de un cuento, fábula, ejemplo o anécdota». En nuestro caso, la principal lección que cabe deducir es la constatación de que aún carecemos de una historia detallada de la imprenta en el País Vasco. Bizkaia carece de tal historia: sólo hallamos retazos, pequeñas teselas de un mosaico cuyo dibujo completo no nos es dado todavía contemplar. Otro tanto diríamos de Gipuzkoa. Álava, sí, ya ha comenzado a disponer de tal historia, quizá porque, al no haber contado con imprenta hasta 1722, la investigación ha resultado más accesible... Lo cierto es que aún queda mucha investigación pendiente. Hay aquí campo más que amplio para el trabajo durante años de muchos investigadores que saquen a la luz lo que por ahora sigue escondido: la vida y andanzas de nuestros impresores, dónde y cuándo trabajaron, cuáles y cuántos fueron los productos de sus talleres, esos mismos productos que (en la medida en que se han salvado de la incuria del tiempo) constituyen nuestro único patrimonio bibliográfico.

Referencias bibliográficas

- Carrete Parrondo, Juan (1998). «El grabado vasco-navarro en el Renacimiento» en *Ondare*. (n.º 7, pp. 109-114).
- De la Fuente, José Julio (1972). «Apuntes para la historia de la imprenta en Bilbao» en *La imprenta en Bilbao en el siglo XVI*. Bilbao: Editorial Vizcaína.
- De la Quadra Salcedo, Fernando (1920). *Libros raros y curiosos de Bilbao, 1800-1830: Notas bibliográficas y literarias*. Bilbao: Imprenta Ambos Mundos.
- Huarte Jáuregui, José María (1926). «La imprenta en Guipúzcoa: El primer impresor» en *Euskalerraren Alde*. (año XVI, n.º 265, pp. 1-6).
- Irigoyen, Juan de (1972). «La impresión del *Caballero Asisio*, de fray Gabriel de Mata, por Matías Marés, primer impresor en Bilbao» en *La imprenta en Bilbao en el siglo XVI*. Bilbao: Editorial Vizcaína.
- Ispizúa, Segundo de (1923). «La imprenta en San Sebastián: Primicias bibliográficas, 1672-1700» en *Euskalerraren Alde*. (n.º 233).
- Larrínaga Bernárdez, José Antonio (1988a). «El nacimiento de la imprenta en Bilbao: Los primeros impresores, los primeros libros» en *Bilbao*. (2.ª etapa, n.º 3 (enero de 1988), p. 15).
- Larrínaga Bernárdez, José Antonio (1988b). «El nacimiento de la imprenta en Bilbao: Los primeros impresores, los primeros libros: Segunda parte y última» en *Bilbao*. (2.ª etapa, n.º 6 (22 de abril de 1988), p. 29).
- Madariaga Ateka, Xabier (1995a). «Las artes gráficas en Bizkaia» en Iban Zaldúa y otros, *Artes gráficas: Una introducción a la historia de la imprenta en el País Vasco*. (pp. 45-65). Bilbao: Diputación Foral de Bizkaia.
- Madariaga Ateka, Xabier (1995b). «Noticias de los orígenes de la litografía en Euskal Herria» en Iban Zaldúa y otros, *Artes gráficas: Una introducción a la historia de la imprenta en el País Vasco*. (pp. 67-77). Bilbao: Diputación Foral de Bizkaia.

- Mosquera Armendáriz, José Antonio y Zubizarreta, Cándido (1977). *Guión manual de tipografía vasco-navarra*. Pamplona: Imprenta Navarro (2.^a ed., revisada y corregida).
- Mourlane Michelena, Pedro (1972). «Intervención de don Teófilo Guiard» en *La imprenta en Bilbao en el siglo XVI*. Bilbao: Editorial Vizcaína.
- Odiózola, Antonio (1972). «Nota bibliográfica sobre los libros impresos en Bilbao por Matías Marés» en *La imprenta en Bilbao en el siglo XVI*. Bilbao: Editorial Vizcaína.
- Orobio Urrutia, José Ángel (1996). *Imprenta Durangon: 1832-1936: La imprenta en Durango*. Durango: Arte eta Historia Museoa.
- Ruiz de Larrínaga, Juan (1923). «La imprenta en San Sebastián: Primicias bibliográficas, 1672-1700» en *Euskalerraren Alde*. (232 (abril 1923), pp. 121-129).
- Ruiz de Larrínaga, Juan (1949). «Curiosidad bibliográfica: Impresos en Vizcaya, Guipúzcoa y Álava hasta el año 1901: Al margen de nuestras bibliografías clásicas» en *Homenaje a D. Julio de Urquijo e Ybarra*. San Sebastián: Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. (v. II, pp. 49-110).
- San Martín, Juan (1978). «La imprenta en Eibar» en *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*. (año XXXIV/1, pp. 311-315).
- Santoyo, Julio-César (1995). *La imprenta en Álava: Historia, obras, documentos. Vol. I: El siglo XVIII*. Vitoria: Fundación Sancho el Sabio.
- Santoyo, Julio-César (1997). *La imprenta en Álava: Historia, obras, documentos. Vol. II: El siglo XIX (1801-1850)*. Vitoria: Fundación Sancho el Sabio.
- Santoyo, Julio-César (2000a). *La imprenta en Álava: Historia, obras, documentos. Vol. III: El siglo XIX (1851-1900)*. Vitoria: Fundación Sancho el Sabio.
- Santoyo, Julio-César y Asenjo, Santiago (2000b). «Una primicia desconocida de la imprenta alavesa: La *Vida de santa Coleta*, de fray Damián Cornejo (1722)» en *Sancho el Sabio*. (13, pp. 211-226).
- Urquijo, Julio de (1927). «Notas de bibliografía vasca. XIII. De cómo se intitula el primer libro impreso en Bilbao». Tirada aparte, pp. 1-7, de la *Revista Internacional de los Estudios Vascos*. (año 21, tomo XVIII, n.º 4 (octubre-diciembre)).
- Zugaza Miranda, Miguel (1989). «Una familia de impresores: los Delmas» en *Bilbao*. (21 (28 septiembre 1989)).